

Sesiones de sanación

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Traductora y correctora de estilo

Cierro la puerta con la certeza de que no volveré más a la casa de mi hermano. Antes de abordar el coche que pedí por la aplicación, observo, por un breve instante, el sol de abril que se hinca con rapidez tras el horizonte en su despedida cotidiana. Los atardeceres de Aguascalientes son siempre majestuosos, pero esta vez los colores son puros borrones, como si la derrota que exuda mi cuerpo hubiera contaminado también los cielos justamente hoy.

Mientras me subo al coche, pienso que cambiar a mi hermano, regresarlo a como era antes, sería como querer que el sol se metiera por el este. Hubo un tiempo en que yo hubiera metido las manos al fuego por él, como luego dicen, pero el círculo de autocondescendencia y victimismo en el que ha decidido vivir los últimos años es insostenible, o por lo menos conmigo ha llegado a su punto de quiebre.

Ni los psicólogos pudieron ayudarlo, porque se presentó ante ellos como el hombre de la infancia dañada, y terminó convenciéndolos a todos de que los culpables de sus desgracias eran otros. Y sí, no digo que en mi familia fueran todos blancas palomas, pero él tampoco estaba exento de defectos; y llega un punto en donde, si no tomas las riendas de tu vida, te vuelves una marioneta de las circunstancias.

Un día, a mi papá se le metió la idea de que a su hijo lo tenían trabajado; estaba destinado al éxito, a cosas grandes, decía, pero nada le salía bien porque le habían hecho brujería. Además, mi hermano llevaba años en un estado de enfermedad persistente, en apariencia sin causa, y sabíamos de casos en que los doctores no habían logrado dar con un diagnóstico y la gente terminaba yéndose a curar con chamanes, brujos o ve tú a saber qué más.

Yo siempre tuve curiosidad por el mundo espiritual, sin embargo, aunque no negaba la existencia de fuerzas oscuras, no le daba crédito a que otros pudieran ejercer poder sobre tu vida. Me parecía una excusa, una salida fácil para justificar las voluntades quebradizas,

pero la desgracia infinita de mi hermano me hizo pensar en la posibilidad de que alguien tuviera su foto enterrada en el panteón, atada a uno de esos ídolos demoníacos.

Finalmente, acepté considerar su hipótesis una noche en que tuve un sueño muy extraño.

Mi hermano y mi papá estaban parados frente a un clóset sin puertas. En los compartimentos de arriba, donde estaban apiladas varias cobijas y una maleta, se asomaba una cola reptiliana, de escamas amarillas y verdes.

— ¡Ahí está! —Señalé, horrorizada.

Mi hermano tiró abruptamente de una de las esquinas de la maleta y una serpiente salió despavorida. Con un machete que sacaron de no sé dónde, le cortaron la cola. La criatura permaneció inmóvil por un rato y mi papá y mi hermano volvieron a verse aliviados. Yo comencé a sentir una desesperación que subía, como vapor, por todo mi cuerpo, una neblina tibia que me oprimió el pecho y me desenfocó la vista.

—Eso no es suficiente —quise gritarles de entre la bruma, pero ya no me veían—. ¡No está realmente muerta! ¿No lo ven?

Mi hermano y mi papá sonreían, mientras la serpiente, dibujando eses en el suelo, se arrastraba hasta esconderse por debajo de la cama.

Entonces desperté.

Dado que siempre intento encontrarles una interpretación a mis sueños, más allá de su aparente arbitrariedad, asocié el evento de la víbora con el hecho de que tal vez mi papá tenía razón y debíamos buscarle otra clase de ayuda a mi hermano. A fin de cuentas, pensé, el mundo energético es inaccesible a nuestros ojos, y quizás opera de maneras que no alcanzamos a comprender, en dimensiones donde la medicina occidental no tiene cabida ni injerencia.

Por experiencia propia no conocíamos a ningún chamán o curandero, pero la más católica de mis tíos tenía una sobrina política que trabajaba la magia blanca, y mis papás se convencieron de que no perdían nada con intentar. Mi hermano, que hablaba de nuestras creencias espirituales con un dejo de superioridad intelectual y las calificaba de “místico-mágico-religiosas”, accedió a ir porque le tenía cierto aprecio a mi tía, aunque su forma de mirarnos anunciaba un rechazo evidente.

El día de la cita yo no pude acompañarlos porque tenía trabajo, y desde que terminé la universidad me había mudado a un estado vecino, pero llamé a mamá antes de que salieran rumbo al consultorio —así lo llamaron ellos—, para deseársles suerte a los tres.

—No tengas desconfianza —me dijo mamá—, la señora estudió para sanar con energía, para abrir un canal entre el cielo y la tierra. Trabaja con los ángeles —me confesó visiblemente entusiasmada.

Intuía que el halo de esperanza en su rostro se debía a que en los últimos días mi hermano la había estado tratando con desprecio, y ella tenía la esperanza de que alguien pudiera liberarlo de la carga tan pesada de rencores, resentimientos y quejas en que se había convertido su vida.

Una parte de mí también deseaba eso, sobre todo porque mamá era, de todos, quien menos se merecía la indiferencia de mi hermano. Ella y papá habían salido del pueblo para cuidar de su hijo enfermo. Les preocupaba su extraña pérdida de peso y la fatiga que lo sumía en un letargo del que solo despertaba para cumplir con su trabajo. Decidieron mudarse a Aguascalientes para poder acompañarlo en el proceso de volver a hacerse estudios, un ritual que se repetía cada cierto tiempo porque mi hermano nunca estaba libre de dolores de cabeza, inflamaciones intestinales, alergias a cosas que antes no le provocaban una reacción y ataques de ansiedad nocturnos, además de los síntomas antes mencionados.

Como consecuencia de lo anterior, mi hermano se cargaba un humor de los mil demonios, y se iba siempre en contra de mi madre y toda su familia, porque según él, todas sus desgracias comenzaron el día que mi abuela lo corrió de su casa.

Había vivido con ella algunos años, pero eventualmente surgieron diferencias insalvables entre dos personas de generaciones tan distantes, y mi tío, que estaba celoso porque otro hombre le robaba los cuidados y las atenciones de su madre, le dijo que ya estaba grande como para estar viviendo con su abuela, y que habían puesto una casa a la renta en una colonia cercana. Mi hermano tomó eso como una declaración de desalojo, y rentó una casita tirada al abandono por los anteriores inquilinos, llena de cucarachas y ratones, en un fraccionamiento de interés social.

Al principio se sentía orgulloso de su independencia, de demostrarle a todos y a sí mismo que no necesitaba a nadie, pero la in-

festación de alimañas lo arrastró de nuevo a la enfermedad, y tuvo que mudarse a una casa donde su corazón acabó de endurecerse. Así, convertido en piedra, lo lanzaba a todos por igual.

Cuando mis papás tenían algunas semanas viviendo en Aguascalientes, el temor de perder a su hijo, ya fuera por la enfermedad o por las constantes amenazas de suicidio, comenzó a dibujar surcos en sus rostros. Cada vez que yo los visitaba, los encontraba más disminuidos, reducidos a pedazos de piel colgante. Las espaldas acongojadas, como si cargaran los dos todo el peso del mundo.

Mi hermano consultaba a tres doctores, y alrededor de las opiniones profesionales y el montón de estudios que no arrojaban nada claro o daban negativo a padecimientos gravísimos, construía sus propios diagnósticos, que terminaban siendo siempre enfermedades incurables. Entonces mis papás perdían el sueño y el apetito durante días, hasta que los resultados de otros análisis desarmaban sus preocupaciones.

Por eso, cuando fueron con la sanadora, aunque yo tenía mis reservas, también guardaba la ilusión de que mi hermano saliera de ahí convertido en alguien diferente, más feliz. Pero cuando uno hace responsables a otros de su felicidad o infelicidad, uno no es dueño de su propia vida, y algo dentro de mí me decía que, al final, los cantos de los ángeles no surtirían efecto; o por lo menos, no en él.

Por lo que me platicó mamá, la consulta duró alrededor de cuatro horas, y los tres salieron de ahí agotados y con los ojos hinchados de tanto llorar. A veces, cuando uno le platica sus penas más íntimas a un extraño, el llanto es inevitable. Me pasa con la psicóloga. La sanadora le pidió a mi hermano que fuera durante algunas semanas más, porque, de todos, era el espíritu más lastimado. Y necesitaba de varias sesiones para sanar por completo.

En este punto sería fácil sugerir que ella supo bien cómo engañar a la familia, para mantener al menos un cliente, una entrada de dinero constante y segura, con el argumento de que es imposible curar a todos de una sentada. Lo raro es que ella no quiso recibir de él ni un solo peso, lo cual me hizo pensar que por fin habíamos encontrado la luz al final del túnel, que estábamos frente a una verdadera sanadora o bruja blanca.

Poco me duró el gusto, porque luego de varias sesiones mi hermano decidió cortar de tajo toda relación con mi abuela y le retiró la palabra a mi madre. Eso sí, no quiso rechazar ni su comida ni su ayuda,

porque ella le seguía cocinando y le limpiaba el cuarto a su hijo moribundo sin obtener nada a cambio.

Hace una semana, le llamé a mamá para pedirle que parara, ya bastante grande estaba su hijo que pasaba el medio siglo y si él no quería nada de ella, lo justo era que ella también renunciara a ser su cocinera y empleada doméstica personal.

Pero mamá, abatida, me contestó que no podía hacerlo, porque mi hermano estaba cada vez más flaco.

—Y ya no se para de la cama —me dijo—. Tu papá y yo tenemos que arrastrarlo hasta el baño para asearlo. Se nos va a morir —agregó—, y nos vamos a ir nosotros atrás de él porque yo no voy a poder con esto. Tienes que venir, aunque sea para despedirte.

Luego de cortar la llamada, me dispuse a arreglar todo para viajar el fin de semana a Aguascalientes. Se me hacía increíble que mi hermano se hubiera desmejorado tan pronto, y me arrepentí de haberle dicho a mamá que dejara de solaparle sus berrinches. A fin de cuentas, era mi hermano, y dentro de él vivía ese niño con el que tantas veces jugué a los cochecitos y al que durante toda la infancia molesté, como buena hermana mayor.

Por primera vez, tuve miedo de perderlo. Él se la pasaba diciendo que quería morirse, pero nunca lo vi atentar de verdad contra su vida. Esto era diferente, algo que ninguno de nosotros podía controlar o cambiar. Mi hermano juraba y perjuraba que su destino estaba encaminado al fracaso, y que era una tortura para él hallarse despierto cada mañana, que la vida le dolía. ¿Terminaría todo, entonces, por ser verdad?

¿Que él era un condenado en este mundo?

Cuando por fin llegué a la casa, vi el auto destartalado de mis padres estacionado afuera. Toqué el timbre con un dedo sudoroso. El calor emanaba del pavimento y se me subía a la cabeza. En Aguascalientes hace un calor que asfixia, incluso a esas horas. Debían ser las seis de la tarde.

Mamá me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa apagada, que me ofreció más por cortesía que porque le diera gusto verme. Yo lo entendí: la vida se le estaba yendo de las manos. Dejé las pocas cosas que traía en la sala y subí al segundo piso, que era donde se encontraba el cuarto de mi hermano. La puerta estaba entreabierta y, a señas, le indiqué a mamá que ella pasara primero, para que anunciara mi visita.

Cuando entré, papá estaba de espaldas, y movía delicadamente una cuchara hacia la boca de mi hermano. Yo avancé un poco más, para buscarles la mirada a ambos, y lo que vi me arrancó las palabras, podría decir que incluso la capacidad misma del habla se me esfumó del cerebro.

Iba preparada para despedirme de un enfermo, pero lo que vi en aquella cama redujo a nada todo lo que alguna vez había creído sobre mi familia y sobre la vida. Mi hermano era apenas un borrón de lo que había sido en sus mejores años, pero no estaba muriendo, y creo que eso mis papás nunca llegaron a comprenderlo.

Su silueta era tan delgada que, al final del cuerpo, ya no se le podían distinguir los dedos, como si todo se mezclara en una tira de masa carnosa que terminaba en punta. Sus brazos eran más pequeños de lo que los recordaba, y pude notar que poco le servían ya para valerse por sí mismo. Tal vez por eso papá había decidido que era mejor darle de comer en la boca.

Cuando por fin logré mirarlo a los ojos, creo que él pudo intuir que, a diferencia de mis padres, yo no sentí compasión por él. No sé si alcanzó a reconocer en mí, todavía, a la hermana fastidiosa con la que creció, porque sus ojos estaban diferentes, desenfocados, y sus pupilas eran apenas dos rayones verticales de tinta negra. Tampoco sé si tenía conciencia de que aquellas dos personas a su merced eran sus padres, porque cualquiera que hubiera visto esa escena pensaría en ellos más como sus sirvientes o empleados.

Entonces, reparé en la firmeza de su cuerpo alargado, que no mostraba la flacidez de la piel enferma, y pude notar en ella pequeñas formas romboides de un verdoso casi imperceptible. Cuando papá encaminó otra vez la cuchara hacia aquella boca que ya no emitía ningún sonido, alcancé a ver la lengua bifurcada.

Salí del cuarto sin despedirme de mi hermano, convencida de que él no moriría y que yo debía aprender a interpretar mejor mis sueños.